

UN CLÉRIGO ARAGONÉS EN AMÉRICA Y FILIPINAS: PEDRO CUBERO SEBASTIÁN Y SU «PEREGRINACIÓN»

LOURDES DÍAZ-TRECHUELO

«La figura del aragonés Pedro Cubero y Sebastián no digo que esté olvidada sino que es desconocida. Y se trata de un hombre excepcional, inquieto, andariego, que dio la vuelta al mundo por tierra y por mar (...). Ricardo del Arco escribió estas palabras en 1947¹ y al cabo de casi medio siglo, siguen teniendo plena actualidad.

Lo poco que sabemos de este viajero nos lo ha dicho él mismo a lo largo de sus relatos.

Nació el año 1645 en El Frasno, «uno de los lugares de la comunidad de Calatayud»². A mediados del siglo XIX, cuando Pascual Madoz escribía su obra, El Frasno tenía 154 vecinos, según él 232 almas, porque aplica el coeficiente 2,16. Su única parroquia era la Asunción y había una ermita dedicada a Nuestra Señora de Pietas. En sus campos se cultivaban vides, olivos y cereales, y tenía ganado lanar. Es de suponer que, si esto era El Frasno entonces, en el siglo XVII sería aún menor su importancia y más pequeña su población.

Pedro Cubero mostró desde niño afición a las letras y sus padres lo enviaron a Zaragoza, lo que permite pensar que la situación económica de sus progenitores sería de cierta holgura. Según Ricardo del Arco³, que cita a Latassa⁴, «defendió en la Universidad de Zaragoza conclusiones de Filosofía y obtuvo el grado de Bachiller».

1. Pedro Cubero Sebastián y su «Peregrinación de la mayor parte del mundo en el siglo XVII». Revista *Universidad*, tomo 24. Zaragoza, 1947, pp. 217-242.

2. Capítulo primero de la edición príncipe de la *Peregrinación*. Madrid, 1680.

3. Artículo citado en not. 1, p. 217.

4. *Biblioteca nueva de tos escritores aragoneses*, tomo IV, p. 84.

Luego se trasladó a Salamanca, donde fue discípulo del Padre Maestro Godoy con el que estudió teología. El ejemplo de sus profesores jesuitas despertó su vocación misionera y se ordenó sacerdote secular sin que sepa- mos cuándo ni dónde. Después, y «con la bendición de mis padres», dice⁵, salió para Roma a fin de ofrecerse a la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, erigida en 1622 para coordinar y dirigir las actividades evangeliza- doras de la Iglesia Católica en el mundo entero, aunque el Patronato espa- ñol y el Padroado portugués dejaron fuera de su jurisdicción la América hispana, Filipinas y muchos territorios de Asia.

El itinerario de su viaje a Roma lo describe Cubero con todo detalle: después de ir a El Frasno para despedirse de sus padres, se dirigió a Zara- goza, pasando por Calatorao —él escribe Calatrao—, donde celebró misa en el altar del Santo Cristo que allí se venera. La ciudad de Zaragoza la des- cribe con bastante detalle deteniéndose sobre todo en el templo de El Pilar, pues como buen aragonés se muestra muy devoto de la Pilarica. Allí cele- bró misa, fue luego a despedirse del arzobispo fray Francisco de Gamboa, «y sin dilación alguna, cogiendo un báculo y un breviario, me partí para Roma»⁶.

Pasando por Caspe, Barbastro y Huesca, cruzó los Pirineos y entró en Francia. Cuenta luego su llegada a París, donde se hospedó en el Seminario de Misiones Extranjeras fundado por Luis XIV. Allí se encontró entre otros, a monseñor Francisco Palut, patriarca de Tonkín. Visitó primero al embaja- dor de España, conde de Molina, y acompañado por un sacerdote del Semi- nario, recorrió los más notables lugares de la capital y sus alrededores. En Versalles fue recibido por el rey francés, del que obtuvo un pasaporte fe- chado a 6 de junio de 1670. Este dato nos permite saber con certeza que cuando emprendió su largo viaje Pedro Cubero tenía veinticinco años⁷.

Ocupaba entonces el solio pontificio Clemente X, a quien visitó el au- tor y después de obtener los despachos necesarios de la Sagrada Congrega- ción de Propaganda Fide, que lo acreditaban como predicador apostólico de Asia, salió de Roma, cruzó los Alpes y se dirigió a Viena, corte de Leopoldo I. Allí era embajador de España el marqués de los Balbases, título con- cedido por el rey de España a aquel Ambrosio Spínola y Grimaldo inmorta- lizado por Velázquez en «La rendición de Breda».

Aquí nos da el autor de la *Peregrinación* otro dato cronológico pues dice que llegó «al infausto tiempo en que murió la emperatriz Margarita de Austria»⁸; hija de Felipe IV de España, hecho que ocurrió en 1673. El em- perador Leopoldo lo recibió y le dio pasaporte para el reino de Hungría y

5. Cap. I de la edición de 1680.

6. *Ibidem*.

7. Cap. III de la misma edición.

8. Nacida en 1651. Sólo vivió veintidós años.

una carta lacrada para su «residente» en Constantinopla Cristóbal de Exque, quien a su llegada ya había fallecido, víctima de la epidemia de peste que azotaba la ciudad.

Decidió entonces ir a Transilvania, entró en Polonia, donde acababa de morir su rey Miguel, y asistió a la elección de Juan III en el ya citado año de 1673. Este le dio cartas para el Zar de Rusia y para el Gran Sofí de Persia. Con ellas salió de Varsovia para Lituania y Rusia; pasó por la ciudad de Cassín, logró allí permiso del Zar para continuar viaje a Moscú, pasando por Smolensko y llegó al fin a la capital. Reinaba entonces según Cubero, Juan Basili⁹, que lo recibió el día seis de enero de 1674, y le dio permiso para celebrar misa y atender a los católicos europeos que vivían en la ciudad y que eran de todas las naciones, menos de España.

Cuando se deshelo el río, afluente del Volga, bajó por éste hasta la ciudad de Astracán, que califica de «muy asquerosa y llena de moscas»¹¹. Allí también atendió sacerdotalmente a los católicos europeos.

Salió de Astracán en mayo de 1674 y navegando por el Mar Caspio, arribó a Derbent, en Ciscaucasia. Hubo de aguardar dos meses el permiso del Gran Sofí de Persia para entrar en este país, y lo hizo por la ciudad de Eriván, que él llama Ruan. La tierra le recuerda a España por su clima, frutos y vinos. Al fin fue recibido por el soberano persa y le presentó las cartas que para él llevaba. Describe con detalle las ceremonias de la recepción y dice que obtuvo un pasaporte para andar por todo el imperio y también le facilitó camellos.

Llegó al fin a Ispahán, capital de Persia, en la que halló cuatro iglesias católicas; la más antigua era la de los canónigos reguladores, fundada por el rey Manuel de Portugal, en tiempo de Vasco de Gama. Las demás pertenecían a la Congregación de Propaganda Fide y las tenían los carmelitas descalzos, capuchinos y jesuitas. Allí pudo ver también la artillería con las armas de Felipe II, que los persas habían cogido en Ormuz, lo que le trajo a nuestro viajero un triste recuerdo de la derrota que sufrieron las armas españolas. Después pasó a Arabia y visitó el teatro de la batalla, el puerto de Ormuz «cuyas ruinas apenas se ven»¹². En Arabia pudo ejercer su ministerio entre los católicos, a los que administró los sacramentos y exhortó a conservar su fe entre los herejes holandeses e ingleses.

Se embarcó luego en la armada portuguesa que mandaba el general don Juan de Saa, y pudo asistir al combate con un navío en el que viaja-

9. Título de majestad que se dio a los reyes de la dinastía safaví, que gobernaron Persia desde 1502 hasta 1736.

10. En 1ª fechª que indica reinaba el zar Fedor (1672-1682). Ignoro por qué hablª de Juan Basili.

11. Memorial dirigido al rey Carlos II en el que resume su viaje. Edición de 1ª Sociedad «Amigos de Aragón», Madrid, 1916, tomo I, pp. 27-28.

12. *Ibidem*, p. 33.

ban mahometanos que se dirigían a la Meca, y que fue echado a pique. Desembarcó en Diu, y de allí pasó a Surat, en el Gran Mogor, al reino de Cananor y por fin a Goa, donde residía el virrey de la India portuguesa que lo acogió amablemente y le invitó a su mesa. Se hospedó en el Colegio de los jesuitas, y pasó allí la Semana Santa del año 1675, y visitó la tumba de San Francisco Javier, siendo obsequiado por los padres con una reliquia que llevó consigo el resto de la *Peregrinación*.

De Goa pasó a Ceilán y se entrevistó en Colombo con el gobernador holandés Antonio Pavellón, que le dio permiso para andar por la ciudad pero le prohibió celebrar misa. Cubero hizo caso omiso de esta prohibición y celebró muchas veces secretamente, pero no tanto que no llegara a oídos del gobernador, que lo expulsó de la ciudad «como decimos en español, con cajas destempladas»¹³

Fue sucesivamente expulsado de otros lugares y tuvo que irse a Bengala, donde estuvo en la ciudad de Madrás, antigua Calamina, en la que según tradición, murió el apóstol Santo Tomás¹⁴. Aquí embarcó en un parao para visitar a los católicos que vivían en las islas Maldivas, próximas al cabo Comorín, pero tuvo la desgracia de caer en manos de piratas malabares, que lo vendieron como esclavo, por nueve *pagodas*¹⁵. Por fortuna la esposa de su dueño tenía ascendencia portuguesa y compadecida de él lo dejó en libertad¹⁶

Entonces se dirigió a Malaca y obtuvo licencia del gobernador holandés para quedarse allí e incluso para celebrar misa ocultamente. Pero acudieron tantos católicos que su casa «parecía iglesia pública»¹⁷. Asistieron en total hasta mil setecientos fieles y el 7 de octubre de 1676, mientras predicaba, fue prendido y estuvo a punto de ser condenado a muerte, pero apeló al gobierno holandés de Batavia, y su pena fue de destierro de todas las posesiones asiáticas de Holanda.

Tal fue el motivo que le obligó a ir a Filipinas. A este fin se embarcó en el buque del capitán Luís de Matienzo que zarpó de Malaca a fines de abril de 1677, y cruzó el estrecho de Singapur —él escribe Sincapura— muy profundo y tan angosto «que las antenas tocan en los árboles de una y otra banda»¹⁸. Allí les sorprendió una gran tempestad, que describe muy vívidamente. Lo más notable de su relato es que en una ocasión salieron de una nube dos rayos que fueron a caer uno a proa y otro a popa del navío,

13. *Ibidem*, p. 36.

14. Aquí habla del choque entre franceses y holandeses que determinó la ruina y destrucción de la ciudad. Se refiere a la armada que mandaba M. de la Gée, vencida por los holandeses con el rey de Bolconde. *Peregrinación*, cap. 37 de la edición de Nápoles, 1682.

15. La pagoda equivale a ocho reales de a ocho.

16. *Peregrinación*, Nápoles, cap. 37.

17. *Memoria* citada. *Peregrinación*, Madrid, 1616, p. 37.

18. *Peregrinación*, Nápoles 1682, cap. 40.

pero ninguno le causó daño, pues aunque el de popa destrozó la lancha que iba amarrada, los dos marineros que en ella se hallaban salieron ilesos. Al día siguiente el tiempo amaneció claro, con viento favorable para continuar la navegación, y pasaron por las islas de Pulo Condor. Hicieron aguada en una de las que forman el grupo, y prosiguieron su viaje. A los quince días avistaron Borneo, y luego la isla de Mindoro, y la de Cabra, y por fin el Fraile y la Monja, a la entrada de la Bahía de Manila, en la que penetró el barco pasando entre la isla del Corregidor y la península de Bataan.

El alcalde mayor de Mariveles pasó a visitar el barco, y después de cruzar la bahía fondearon en Cavite, cuya situación describe, y pondera la excelente calidad de sus aguas porque —dice— «pasan entre raíces de zarzaparrilla y otras muchas muy saludables, y allí hacen aguada los galeones que van a Nueva España». Indica que los recipientes de barro van protegidos con bejucos «que son juncos de la tierra muy fuertes, o con cable negro que es de palma brava»¹⁹.

Habla también de la parroquia y los conventos de Cavite y señala que el prior de los dominicos, padre Samper, era aragonés, natural de Caspe. Nunca se olvida de anotar los paisanos que va encontrando. También aragonés era el contador oficial real, natural de Barbastro, que se llamaba Antonio de Egea. Este le dijo que debía visitar al gobernador, que lo era entonces con carácter interino, el oidor decano de la audiencia don Francisco Coloma, por muerte del propietario don Manuel de León ocurrida el 11 de abril de 1677. Coloma, que sería ya de unos ochenta años de edad, sólo pudo ocupar el cargo seis meses, pues falleció el 11 de octubre del mismo año. Estos datos nos permiten situar la llegada de Cubero a Filipinas entre mayo y junio puesto que sabemos que su barco había salido de Malaca a fines de abril.

El viajero se hospedó la primera noche en el convento de los dominicos de Cavite y al día siguiente fue a visitar al gobernador que se hallaba en «una huerta río arriba, que estaba más adelante de Manila, cosa de un cuarto de legua»²⁰; allí le refirió sus aventuras, expuso sus deseos de pasar a China, y le presentó sus credenciales, asegurándole que no iba a Filipinas con ánimo de ejercer allí su ministerio puesto que carecía del *pase regio* del Consejo de Indias. Iba sólo a buscar refugio en tierras de España. El gobernador lo recibió con gran benevolencia y le ofreció su protección.

19. *Ibidem*. Madrid, 1680, p. 302.

20. *Ibidem*, p. 303.

ESTANCIA EN FILIPINAS

También en Manila encontró Cubero algunos paisanos, que enumera con todo cuidado: fray José de Amezquita, procurador general de los dominicos, natural de Zaragoza; fray José de Villalva, provincial de los agustinos recoletos, también zaragozano y muchos otros religiosos «que me conocieron por ser paisanos y condiscípulos míos»²¹. Entre éstos menciona al padre fray Miguel Rubio, prior del convento de San Agustín de Manila, a los jesuitas padres Clarete y Cani, y al ya citado fray Pedro Samper, prior de los dominicos de Cavite.

El gobernador lo invitó a comer y también al capitán del barco que lo había llevado a Manila, y a otros españoles que fueron con ellos. Estuvieron también a la mesa los oidores don Francisco de Montemayor y Mansilla y don Diego Calderón Serrano, y otros caballeros de Manila.

Cerca de un año duró la estancia de Cubero en Filipinas, y todo el tiempo lo tuvo en su casa Antonio de Egea, y lo «agasajó y regaló como paisano honrado»²².

Estaba vacante la sede arzobispal de Manila y la gobernaba el cabildo eclesiástico, cuyo vicario era don Jerónimo de Herrera y Figueroa y el deán don Miguel Ortiz de Covarrubias. Ambos le dieron buena acogida y lo autorizaron para dar misiones. Predicó muchas veces en la catedral y en muchos lugares públicos de la ciudad, como en la plaza mayor la noche del terremoto «que fue de los más horribles de cuantos ha visto en el Asia»²³.

Todo el capítulo treinta y ocho de la edición de Madrid, 1680, lo dedica a narrar este seísmo que debió ocurrir entre los años 1677 y el primer semestre de 1679. Cuenta como pudo salvar la vida a una mujer y a sus dos hijos pequeños que quedaron sepultados bajo las ruinas de su casa de caña y nipa, pero situada bajo un arco de piedra que se derrumbó sobre ello.

También predicó Cubero por las provincias de Cagayán, Mondoro, Pampanga, Cebú, Camarines y otras «donde hice mucho fruto» porque había muchos cristianos que habían recibido el bautismo sin los santos óleos, por no haberlos en Filipinas a causa de la falta total de obispos que los consagraron.

Cuando volvió a Manila se encontró que en lugar del permiso que había solicitado para pasar a China, le autorizaban a embarcar para Acapulco en el próximo galeón, porque las autoridades filipinas estimaban más oportuno enviarlo a España. De este modo va a completar su vuelta al mundo,

21. *Ibidem*, p. 304.

22. *Ibidem*, p. 305.

23. *Ibidem*, p. 306.

hecha en gran parte por tierra como hemos visto, y siempre rumbo al Este, es decir, en sentido contrario al que siguieron Magallanes y Elcano.

LA TRAVESÍA DEL PACÍFICO

El 24 de junio de 1678 zarpaba de Cavite el galeón *San Antonio de Padua*, mandado por don Felipe de Montemayor y Prado, hijo del oidor Montemayor y Mansilla, que había sucedido al fallecido Coloma en el gobierno de las islas.

Entre los pasajeros que viajaban a bordo estaba Pedro Cubero Sebastián, que refiere con todo detalle la travesía en el capítulo treinta y ocho de la primera edición de su *Peregrinación*²⁴.

Siguiendo el derrotero acostumbrado, el galeón se detuvo en el puerto de la isla de Ticao, donde esperó la colla del vendabal para cruzar el estrecho de San Bernardino, el 15 de julio.

El relato de Cubero resulta tan monótono como lo era la navegación. Se limita a consignar la distancia recorrida, a estima, y la latitud alcanzada, datos que toma de las observaciones realizadas por el piloto que era «un vizcaíno llamado Juan Ramos»²⁵. El 18 de julio la nave estaba a 13° 35' de latitud Norte y su rumbo era al nordeste. Muchos días resultó imposible tomar la altura por estar nublado a las doce de mediodía.

El 26 de julio a las doce de la noche «pasó un globo por encima de nuestro galeón, a manera de una exhalación, tan grande a nuestro parecer como una tinaja, con tanta claridad que alumbró todo el combés»²⁶. Poco después el viento giró al SE; duró tres días y los llevó NE cuarta al Norte con sólo la vela de trinquete. Abonanzó el día 29 y pudieron tomar la altura: estaban a 18° 33'. El sábado 30 julio avistaron las islas de los Ladrones y pasaron entre dos de ellas, «una redonda a manera de volcán», que les quedaba a la banda del norte y otra alargada, extendida de norte a sur. Esto ocurría el día 31 de julio, en que se hallaban a 19° 11' N.

Hasta el 6 de agosto hubo calma y no lograron perder de vista las islas, pero al fin pudieron proseguir su derrota rumbo al NE. Hasta el 11 de agosto no brilló el sol, y ese día el barco se encontraba a 22° 40' de lat. N. Muy lentamente, a causa de las calmas, van ganando altura, en busca de los paralelos 37-39, según el derrotero descubierto por Andrés de Urdaneta en 1565. A esta altura soplaban vientos favorables y constantes que conducían los barcos hasta el continente americano.

24. Madrid, 1680. Por Juan García Infanzón.

25. Los datos del clérigo aragonés referentes a personas son siempre muy exactos. Menos fiables son los topónimos que utiliza.

26. Gran escotill^a en la cubiert^a, desde el palo mayor hasta el trinquete.

Siempre proa al NE. o nornoroeste, transcurre monótono el mes de agosto, sin ver más que cielo y agua; el día 31 están tan solo a 24° 25' de latitud. Sigue la navegación, interminable y penosa, todo el mes de septiembre, ganando y perdiendo altura, según el capricho de los vientos; el día seis han alcanzado los 36° 16' pero luego pierden altura y bajan hasta los 33° 25'. Hasta el día 22 de septiembre no lograron rebasar el paralelo 34, y por él navegan hasta el día 29. En los días siguientes no hubo posibilidad de tomar la altura, pero el 3 de octubre se encuentran ya por encima de los 37°, y prosiguen la navegación sobre este paralelo. El día 13 otra vez han perdido altura, y así continúan hasta el 22 de octubre. Ese día, indica Cubero: «nos hallamos poco adelante de doña María Laxara»²⁷. Los españoles llamaban a estas aguas «el cementerio de doña María de la Jara», en recuerdo de una señora que desesperada por los sufrimientos del viaje se arrojó al mar, según dice W.L. Schurz en su obra clásica *The Manila Galleon*²⁸. La isla aparece mencionada en muchos diarios de navegación y por distintos viajeros; por ejemplo, el italiano Gemelli Careri que hizo esta navegación en 1697, dice en su *Giro del Mondo*, que el domingo 21 de octubre vieron un pájaro que suponen procedía de «la isla llamada doña María Laxara»²⁹. Unos años antes, en 1690, falleció en este lugar el gobernador don Juan de Vargas Hurtado, que regresaba a Nueva España, terminado su mandato; el cronista Casimiro Díaz, agustino y continuador de la obra de Gaspar de San Agustín afirma que murió «en un lugar que llaman Doña María de la Jara, muy nombrado por los muchos que en aquel sitio han muerto, pues son cuatro gobernadores propietarios los que murieron allí, y algunos interinos y oidores (...)»³⁰.

A principios del siglo XIX aún figuraba esta isla en muchos mapas entre ellos en la carta de Arrowsmith; en 1825 el navegante ruso Kotzebue³¹ intentó localizarla pero no pudo conseguirlo, y considera dudosa su existencia. Todavía la carta del Almirantazgo Británico publicada en 1869, la sitúa entre California y las islas Sandwich, aproximadamente en 28° de lat. Norte y 139° de long. Oeste, y la llama María Laxar. No aparece en los mapas actuales y ha pasado a engrosar el número de los *lost islands* del Pacífico.

Volviendo al viaje de Pedro Cubero Sebastián, el día 23 de octubre de 1678 tuvieron un fuerte temporal que les obligó a arriar masteleros y vergas mayores, y aferrar todas las velas. A la una de la tarde «parecía la noche» y el viento se calmó un poco «que es la peor señal que puede haber... la

27. *Peregrinación*, Madrid, 1680, p. 328.

28. Traducción española de Pedro Ortiz Armengol, Madrid, 1992, p. 217.

29. Cfr. *Le Mexique au fin du XVII^e siècle vu par un voyageur italien*, Gemelli Careri. Presentación de Jean-Pierre Berthe, París 1968, p. 51.

30. *Conquistas de las islas Fitipinas*. Segunda parte, libro IV, cap. XIX.

31. «La segunda expedición Kotzebue en el Pacífico». *Actas del Congreso Internacional «La presencia española en el Pacífico»*, Córdoba, 8-10 noviembre 1995. En prensa.

agua de la mar estaba caliente» y todo presagiaba la llegada «del furioso baguido deshecho que nos entró a las tres de la tarde». Describe luego cómo las olas entraban por medio del combés y barrían el barco de uno a otro costado. Algunas entraban por la popa «con tal estrépito y ruido que cada ola que daba en el costado de la nao parecía una pieza de artillería; la noche tan lóbrega y oscura que parecía un profundo caos». De pronto, el galeón dio dos fuertes balances por la proa en los que todo el bauprés se sumergió y llegó el agua hasta la mitad del combés. Todos gritaban «¡Misericordia, Señor, Misericordia!» y confesaban a gritos sus pecados³².

Duró el temporal más de ochenta horas, es decir, más de tres días; al cuarto, amaneció despejado y sereno. La tempestad había hecho correr el galeón más de cincuenta leguas al nordeste y el 25 de octubre, cuando pudieron tomar la altura, se hallaban a 34° 31'; después soplaron vientos contrarios y tuvieron que ponerse a la capa. Cuando cambiaron, hicieron rumbo al N. hasta el 29 de octubre, y luego recuperaron el rumbo NE. hasta principio de noviembre. El día tres, de nuevo hay viento de proa y tienen que barloventear durante varios días. El 9 de noviembre se hallaban a 33° 32', pero al fin encuentran viento favorable y van ganando altura hasta alcanzar los 35° 55'.

El 27 de noviembre el autor del relato anota con alegría: «descubrimos las señas», es decir, las señales de encontrarse ya próximos, a cincuenta o sesenta leguas, «de la tierra firme de la Nueva España»³³. Explica que estas señas son unas raíces coloradas «que es lo mismo que si aquí dixeramos remolachas», con hojas muy anchas «a manera de penca de palma», y provienen de los ríos. Los marineros llaman *porras* a estas raíces, que a medida que el barco se acerca a la costa se hacen más abundantes y se agrupan formando lo que llaman *balsas*. En ellas van unos peces llamados «lobillos», que juegan sobre ellas y se zambullen en el agua³⁴.

La alegría que produce a los sufridos navegantes la vista de porras y balsas es mayor que la que experimentan al llegar a puerto, porque desde ese momento ya no hay que temer tempestades. Esta alegría se expresa en fiestas; los marineros forman un tribunal y prenden a las personas importantes que viajan en el galeón, empezando por el general, presentan los cargos que tienen contra ellos y los condenan a diversas penas. En esta ocasión el general fue acusado de no haber permitido que se abrieran el escotillón para sacar agua con lo que les hizo pasar mucha sed. Al sargento mayor que era también el médico, le acusan de derramar sangre humana, porque había hecho sangrar a más de doscientas personas. Al piloto, de que siem-

32. *Peregrinación*, Madrid, 1680, pp. 328-329.

33. *Ibidem*, p. 333.

34. *Ibidem*, p. 334.

pre andaba en pleitos con el sol, y al clérigo autor de este relato, que siempre estaba reprimiendo y que era «el lazarillo de la muerte» porque el que visitaba bajo cubierta era echado al mar por la borda al día siguiente. Las condenas fueron, al uno que diese chocolate, otro bizcocho, otro dulces y así por el estilo³⁵.

Pero no se crea que con la aparición de las señas terminaban las penalidades; precisamente en esta última parte de la travesía era la de mayor mortandad a bordo. En el caso del galeón *San Antonio de Padua* que zarpó con 400 personas, el número total de bajas fue de 217, y de ellas noventa y dos fallecieron en el último tramo del viaje, cuando ya casi tocaban su puerto de destino, en el que murieron nueve más. Las enfermedades más comunes eran la disentería y el mal de Loanda o berben, que es una especie de escorbuto³⁶.

La primera visión de tierra la tuvieron el 29 de noviembre a los 36° de latitud; el cinco de diciembre avistaron la isla de Cedros que describe así: «es redonda, a manera de un pan de azúcar y muy amena de grandes frondosos árboles». Hasta el 19 de este mes siguieron perdiendo altura, rumbo al SE; este día se hallaron a 19° 53', es decir, frente al puerto de Navidad. Al día siguiente enviaron a tierra la lancha para dejar allí «el pliego» que anunciaba al virrey el feliz arribo del galeón. Aquí nuestro viajero incurre en un grave error pues dice que de este puerto salió Magallanes cuando fue al descubrimiento de las islas Filipinas.

En este puerto embarcaron carne, pan, queso, limones y otras frutas y alimentos que sin duda contribuyeron a reponer la quebrantada salud de los tripulantes y pasajeros del galeón. Éste prosiguió con lentitud su viaje a causa de las calmas, y al fin, el 8 de enero de 1679 dio fondo en el puerto de Acapulco, después de una travesía que puede calificarse de normal³⁷.

La descripción que hace Cubero Sebastián del punto de entrada y salida de los galeones de Manila es muy ajustada a la realidad. Empieza por decir que «es uno de los más hermosos puertos del Mar el Sur (...) es muy seguro para las naos porque se puede cerrar con una cadena; y por gran tempestad que haya, el galeón está muy seguro, porque es una Abadía (sic) rodeada toda de montes»³⁸.

El italiano Gemelli Gareri que llegó a este puerto pocos años después que Cubero, pondera también la seguridad porque «siendo a manera de caracol, y con igual fondo por todas partes, quedan en él las naves encerradas

35. *Ibidem*, p. 335-336.

36. *Ibidem*, p. 335.

37. *Ibidem*, p. 339.

38. *Ibidem*, cap. 41, p. 339.

como en un patio cercado de altísimos montes y atadas a los árboles que están en la ribera»³⁹

Se refiere luego nuestro viajero a la fuerza situada a la entrada del puerto, que califica de «muy buena». La que él vio fue la construida bajo la dirección del ingeniero holandés Adrian Boot, terminada en 1617⁴⁰. En cuanto a la ciudad, dice: «el lugar es muy pequeño y de muy malísimo temple; sus habitantes son negros a manera de cafres; la tierra es tosca y estéril, seca de agua». Sólo tiene unos pozos, que la dan «pesada y salobre» y una fuentecilla que llaman «el Chorrillo» que tardaba dos horas en llenar una botija. El lugar es muy caliente en verano y abundan en el invierno las tormentas acompañadas de truenos, relámpagos y rayos «que es horror habitar en él».

Cubero hubo de permanecer cuatro meses en tan inhóspito lugar aguardando respuesta a la carta que, desde el puerto de Navidad, dirigió al virrey —lo era entonces el arzobispo de México don Payo Enríquez de Ribera— y en este tiempo lo hospedó en su casa el contador oficial real del puerto don Martín Calvo, que era aragonés, y le agasajó cuanto pudo. Tuvo ocasión de presenciar la actividad del puerto mientras estuvo fondeado allí el galeón; vio la llegada de cuatro misiones de religiosos destinados aquel año a la China y formadas por franciscanos, agustinos, dominicos y jesuitas. También llegaron soldados y forzados que se enviaban a Filipinas, y los vio embarcar a todos en el galeón *San Antonio de Padua*, ya reparado y dispuesto para el retorno. Es significativo que no diga nada de la feria, lo que me parece una prueba más de que las mercancías desembarcadas se llevaban a México para su venta.

Pedro Cubero vio zarpar el galeón a fines de marzo de 1679, después de una escala de casi tres meses, y continuó esperando órdenes del virrey. Entretanto, substituyó al fallecido vicario de Acapulco en la atención espiritual de los fieles, a los que predicó casi todos los días de la cuaresma y les administró los sacramentos. Al fin, recibió una carta del arzobispo-virrey, fechada en México a 15 de mayo, comunicándole que debía pasar al puerto de Veracruz para embarcar en la flota y volver a España. Ordenaba a los oficiales reales de Acapulco que le entregaran 500 pesos para su viaje hasta el puerto veracruzano⁴¹ y allí se le darían otros 500 para su pasaje.

Tan pronto como llegó a sus manos este despacho, nuestro clérigo se puso en camino, para un viaje también penoso porque había empezado ya la estación de lluvias. No me voy a detener en la narración de este trayec-

39. *Viaje a at Nueva España*. México 1927, p. 9 y 14. Reproduce la parte de la obra *Giro del Mundo* correspondiente al virreinato.

40. José Antonio Calderón Quijano, *Historia de las Fortificaciones en Nueva España*, 2.ª ed. Madrid, 1984, pp. 325-331.

41. *Peregrinación*, Madrid, 1680, p. 341.

to, de sobra conocido. El día de Corpus Christi lo pasó en Chilapa, descansando y al día siguiente prosiguió su camino hacia Atlixco donde lo alojaron los carmelitas descalzos y se detuvo tres días. Compara aquella campiña con la Vega de Granada y pondera la ciudad, sus conventos e iglesias y la calidad de sus aguas.

Desde Atlixco escribió a un mercader de Puebla de los Angeles llamado Martín Carrasco, yerno del aragonés Martín Calvo, que le había dado una carta de presentación para su hijo político. Éste salió a recibirlo en un coche y lo llevó a su casa, en la calle mayor de la ciudad. Aquí se detuvo unos días y describe con admiración la catedral cuya construcción impulsó don Juan de Palafox; por supuesto no se olvida de decir que era paisano suyo. Hace una breve reseña biográfica de este prelado, de sus obras escritas y de sus importantes tareas apostólicas. Destaca la Biblioteca Palafoxiana en la que vio «los libros más particulares, extraños y curiosos, que en ninguna librería de toda la Nueva España he visto»⁴² Aquí exagera mucho, puesto que él no había estado antes en México y en este corto viaje Acaulco-Veracruz, no pudo ver muchas bibliotecas.

Enumera también las iglesias y conventos de la ciudad, y describe la procesión de infraoctava del Corpus que le impresiona sobre todo por el número de clérigos regulares y seculares que iban en ella. La clerecía de la Puebla de los Angeles es de las más lucidas y virtuosas que tiene toda la Nueva España. Como prueba de esta afirmación dice que presenció la oposición a un beneficio a la que concurrieron ochenta sacerdotes y le dijo el obispo⁴³ que todos ellos reunían méritos más que suficientes para ocuparlo.

No me detengo en el resto del camino hasta Veracruz, porque nada hay de notable en el relato; su descripción de la ciudad repite cosas muy conocidas. También aquí encontró hospedaje en casa de un mercader, Francisco Arroyo, a quien el de Puebla había escrito.

Se apresuró a visitar al general de la flota próxima a zarpar, que era don Diego de Córdoba, pero éste no había recibido ningún despacho del virrey y se negó a tomarlo a bordo. No era Cubero hombre que se arredrara ante la primera dificultad; visitó a don Gabriel de Curucelaegui y Arriola, general de galeones y gobernador de las naos de azogues⁴⁴ que lo admitió en la capitana *Santísima Trinidad*. Zarparon a primeros de julio, y después de la obligada escala en La Habana, que aprovecha para describir la ciudad, cruzó felizmente el Atlántico en cuarenta días y entró en el puerto de Cádiz. De allí se fue a Sevilla y después a la Corte, donde entregó al rey el relato de su *Peregrinación*.

42. *Ibidem*, p. 347.

43. Don Manuel Fernández Sahagún y Santa Cruz.

44. El mismo que en 1684 tomó posesión del cargo de gobernador de Filipinas.

Tuvo ocasión de presenciar la solemne entrada de la reina María Luisa de Orleans, sobrina de Luis XIV, que venía a contraer matrimonio con Carlos II. Cubero describe con mucho detalle este acontecimiento⁴⁵.

Después fue recibido por el rey y le pidió una «carta de favor» para el embajador español en Roma, que era entonces el marqués del Carpio, don Gaspar de Haro y Guzmán⁴⁶ y la reina madre le dio otra carta para su antiguo confesor y consejero, ahora cardenal, Juan Evarardo Nithard⁴⁷. Con estos y otros papeles se fue a Roma, y entregó al Papa un memorial en latín donde resume sus viajes y trabajos apostólicos. Estuvo algún tiempo esperando la respuesta que no llegó, y desilusionado se fue a Nápoles, donde el virrey don Fernando Faxardo de Requesens y Zúñiga, marqués de los Vélez, le acogió benévolo y le mandó a luz la *Peregrinación*.

EDICIONES DE LA OBRA DE CUBERO

La primera se imprimió en Madrid, con este largo título:

Breve / Relación / de la Peregrinación / que ha hecho de la mayor parte / del Mundo / Don Pedro Cubero Sebastián, / Predicador Apostólico del Assia, natural del Reyno de / Aragón; con las cosas mas singulares que le han suce/dido, y visto, entre tan bárbaras Naciones, su Religión, / Ritos, Ceremonias y otras cosas memorables, y curiosas / que ha podido inquirir; con el viage por tierra, / desde España, hasta las Indias / Orientales. / Escrita / por el mismo don Pedro Cubero / Sebastián / Dirigida / al Rey Nuestro Señor / D. Carlos Segundo, / Monarca de las Españas, / Con Privilegio. / En Madrid. Por Juan García Infançon, Año 1680.

Es un libro en cuarto, con diez hojas iniciales y 360 páginas. En las citadas hojas se contiene la dedicatoria al rey, las diversas aprobaciones, licencia, censura, etc. y tres sonetos: uno de Calderón de la Barca, que se declara «íntimo amigo del autor», otro de «su amigo» don Juan de Matos Fragoso y el tercero de un amigo anónimo. Por fin, unas décimas de don José García de la Plaza «en alabanza de haber dado la vuelta al mundo don Pedro Cubero, su amigo». Sigue el prólogo del autor y un largo Memorial, dirigido al rey, en que resume su viaje.

Empieza luego la *Breve Relación*, dividida en cuarenta y dos capítulos. En 1916 la Sociedad «Amigos de Aragón» proyectó una edición de esta obra utilizando el ejemplar de la primera que se conserva en la Biblioteca Universitaria de Zaragoza⁴⁸ que es la que yo he utilizado. El proyecto de la

45. *Peregrinación*, Nápoles, 1682, cap. último.

46. La carta está fechada en Madrid a 23 de enero de 1681.

47. M^adrid, 9 de enero de 1681.

48. Sig. G-55-77.

Sociedad quedó inconcluso, pues sólo apareció el primero de los dos volúmenes previstos, y no alcanza más que el capítulo veinte.

La segunda edición apareció en Nápoles el año 1682, con este título:

Peregrinación / del Mundo / del Doctor / D. Pedro Cubero Sebastián, / Predicador Apostólico. / Dedicada / Al Excelentissimo Señor / D. Fernando loachin Faxardo / de Requesens, y Zúñiga, / Marqués de los Vélez, / Virrey y Capitán General del Reyno de Nápoles. / (escudo del virrey) En Nápoles, Por Carlos Porfile 1682 / Con licencia de los Superiores.

Esta segunda edición ha sido reimpressa en Madrid el año 1993, en la *Biblioteca de Viajeros Hispánicos* que publican Miraguano Ediciones y Ediciones Polifemo. Lleva sólo una breve Presentación anónima y se incluyen al final las páginas introductorias de la primera edición, ya reseñadas. Ésta tiene seis capítulos más que la primera y un «capítulo último» sin numerar. El censor de la edición napolitana fue el jesuita Antonio de Aguiar, que firma su dictamen el 15 de abril de 1682, y el virrey autoriza la impresión al día siguiente.

Según Ricardo del Arco, la obra se tradujo al italiano y se editó en Nápoles el año 1683, con este título:

*Peregrinazione del Mondo. Tradotta della lingua spagnola por il Sig. Don Francisco Antonio de la Serna. Dedicado all'Excmo. Sr. D. Gaspare d' Haro e Guzmane, Marchese del Carpio*⁴⁹.

La tercera edición de la obra apareció en Zaragoza el año 1688 y fue empresa por Pascual Bueno. No he podido ver ningún ejemplar de ésta, pero según Palau⁵⁰ su título es igual al de la edición de 1680.

Las dos primeras ediciones presentan bastantes diferencias no sólo en el número de capítulos, como ya se ha dicho, sino en su contenido. Ciñéndome a la parte que aquí más nos interesa, la relativa a la estancia en Filipinas y el viaje de regreso a España, la segunda edición abrevia notablemente el relato de la travesía del Pacífico. Omite la navegación de los meses de agosto y septiembre, hasta el 22 de octubre, en que dice que estaban «poco adelante de Doña María Laj ara». Relata el temporal sufrido en los últimos días de este mes y pasa al 27 de noviembre en que vieron «las señas» de la proximidad de la tierra, y luego al cinco de diciembre en que avistaron la isla de Cedros. La narración del resto del viaje es muy semejante en ambas ediciones. En la de Nápoles, 1682, después de decir «dimos fondo en el puerto de Acapulco», añade «habiendo caminado desde las Filipinas cuatro mil leguas».

49. Cfr. art. cit. en nota 1, pp. 241-242.

50. Vid. Antonio Palau y Dulcét, *Manuat del Librero Hispanoamericano*, tomo IV, Barcelona 1961.

Al reverso de la última página de esta edición de 1682 el autor anuncia una segunda parte en la que piensa narrar toda la historia universal, y cumplió su promesa porque en 1697, impresa por Jaime de Bordazar, apareció en Valencia la *Segunda Peregrinación* con larguísimo título en que habla de las guerras de Hungría, los «últimos tumultos de Inglaterra», derrocamiento de Jacobo I y subida al trono de Guillermo de Nassau y termina con una descripción de la ciudad donde se imprime el libro⁵¹. El mismo año y también en Valencia aparece *Descripción general del mundo y notables sucesos que han sucedido en él...* por Vicente Cabrera, que es reedición de otra hecha en Nápoles por Salvador Castaldo en 1684⁵². Hubo también otra edición en Madrid, 1739.

Sin duda los viajes de Cubero fueron muy leídos. En 1700 se imprimió en Cádiz por Christobal de Requena un *Epítome de los arduos viajes que ha hecho en las cuatro partes del mundo*.

Del Arco indica que en la Biblioteca Nacional (Madrid) se conserva el manuscrito inédito de otra obra de Cubero titulada *Vida crueldades y tiranías de Muley Ismael, emperador de Marruecos*; y todavía Palau cita un opúsculo de 50 páginas, impreso en el siglo XVIII que se titula *Porfiado sitio de Mequines adusto sobre la plaza de Ceuta. Valor incontestable con que se han portado las armas católicas*.

Según Latassa, don Pedro Cubero fue elegido canónigo doctoral en la catedral de Tarazona⁵³. De ser cierta esta noticia, cabe pensar que después de estar en Roma y Nápoles regresó a su patria, pero nada sabemos con certeza, ni tampoco conocemos la fecha de su muerte que Del Arco sitúa en 1697, sin decir en qué se funda, y el anónimo presentador de la edición de Madrid, 1993, repite la fecha con la misma inseguridad.

La figura de este infatigable viajero y prolífico autor, creo que merece más atención y sería de desear que algún historiador se animara a investigar sobre él.

51. *Ibidem*.

52. *Ibidem*. 53. Cfr. Del Arco, art. cit. en nota 1, p. 242.